



Font-Ana

REVISTA CULTURAL DE FONTIVEROS · Nº 3 · AÑO 2026

Sumario

SALUDO DE LA REDACCIÓN 5

— SERVIDUMBRE DE PASO

Imágenes: Irene Araus. Textos: Miguel Velayos 7

— HAIKUS Y POEMAS BREVES

Germain Droogenbroodt 11

Sergio Alberto Breccia, Luis Casado de Ortaola,
Isabel Flors Aparicio, Arantxa Rochet Monteagudo . . 12

Blas Fuentes Benito, Francisco Sacristán Romero,
Ana Eugenia Ceballos, Lucía Elsa Herrero,
Fernando Valenzuela Escáriz 13

Modesto González Lucas, María Espino García
Alonso, José Luis Pulido Calvo, Teresa Ortega 14

Josefa Antonia Martín Sáez, Eliseo Méndez Nieto,
José Antonio Carmona Sáez, Clara González
Martínez 15

Modesto González Lucas, Francisco Javier Silva,
Andrés Rodríguez Fuentes, Isabel Flors Aparicio . . . 16

María Sofía Abarca, Sara Martínez Huertas,
Victoria Olaya Magadán 17

Ángeles Molina Márquez, Iván Benavides Cabezas,
Teresa Ortega, Francisco José Puchades Ribas 18

— EL PÁJARO SOLITARIO

Imágenes: Francisco Romero 19

Rafael Soler 20

José Pulido Navas 28

Amalia Iglesias Serna 30

Raúl Pomares 33

— DIÁLOGOS SAN JUAN DE LA CRUZ. LA ESPERANZA

Imágenes: SaraM 37

Jerzy Nawojowski 38

Julio Collado 39

Álvaro Blázquez 40

Pilar Álvarez Areces 41

Alberto J. Rivero 42

Santos Jiménez 43

José Pulido Navas 44

Jenifer Plaza 45

Manuel Rafael Sánchez 46

José Manuel Oca 47

José María Muñoz Quirós 48

— MISCELANEA LITERARIA

Javier Casanueva 49

Ilustración: Irene Morales Blázquez.

Poema: Martín Llade 50

Textos: Juan Carlos Delgado 51

Ilustración: José María Jiménez 54

José Antonio Martín Viñas 56

Tomas H. Berlana 65

Alberto José Rivero 65

Isabel F. Bernaldo de Quirós 65

Fernando Alda Sánchez 66

Santos Jiménez 67

Alfredo Pérez Alencart 68

Álvaro Blázquez 69

Juan José Castro Martín 70

José Pulido 72

Emilio Sánchez 75

Marivi Sánchez 75

Luis Beltrán Almería 78

Humberto Mendoza 83

Cristóbal Medina 91

Roberto Rodríguez 93

José María Muñoz Quirós 97

Imágenes: Álvaro López Moreta 97

— PERSONAS Y LUGARES

Imágen José Pablo Hernández Moreno 101

Basilio González Martín. Residente ausente.

Recuerdos del caminar de una familia fontiverense
que años ha emigró a Suiza 102

Mario Sender. El cura y el hambre 108

L. Javier Zurdo. Aquellas abuelas de mi pueblo 110

Mary Fely Jiménez López. Mi infancia en Fontiveros 112

Guillermo Martín Calvo. San Cipriano tardogótico y
mudéjar II (1480-1550) 115

Francisco Muñoz Gómez. La pelota a mano en
Fontiveros y La Moraña. Mis recuerdos 122

Israel Muñoz Rodríguez. La fuente, el agua y la vida . 126

Miguel López Plaza. De Cardenosa a Valladolid,
pasando por Fontiveros: un viaje articulador a
través de la piedra 129

Máximo Martín Baz. Estampas 144

Jorge Díaz de la Torre. ¿Por qué tiramos nuestras
casas en La Moraña? 146

David García López/Javier García Sáez. El milano
real, un viajero invernal 148

Manuel S. Becedas Muñoz. Documentos históricos
de Fontiveros. Ilustraciones de Juan Antonio del
Castillo 151

Javier García Hernáez. Lección de humildad 156

J. Francisco Fabián. Hace 4400 años en Cerro Milano al pie de río Zapardiel Dibujos de J. Muñoz Domínguez.	157	Pablo Barroso Gutiérrez. Juegos de los niños fontiverreños en la mitad del siglo XX.	185
P. Miguel Ángel González. San Juan de la Cruz. Santo de Fontiveros y Doctor universal.	162	Ana Judith Martín de la Fuente. Programa de Liderazgo de Visitantes Internacionales de los Estados Unidos. Una inmersión en la agricultura y la seguridad alimentaria.	192
Jesús Gascón Bernal. El convento de San Agustín en Fontiveros. El proceso de su ruina Imágenes: José Pablo Hernández Moreno.	169	— CAMPANARIOS, TORRES Y ESPADAÑAS Fotografías: José Pablo Hernández Moreno Poemas: José María Muñoz Quirós.	195
Santidepaulas. Nuestros pueblos. El mío, Fontiveros, nuestro pueblo.	176	— FONTIVEREÑOS MEMORIAS DE NUESTRO PUEBLO Álbum fotográfico recopilado, organizado y datado por José Pablo Hernández Moreno.	203
Mario Sénder. Autor texto e imágenes. Cabezas Picudas.	177		
Eduardo Duque Pindado. Casonas, casas fuertes y palacios de la Villa de Fontiveros en el siglo XVIII. ...	178		
Guillermo Martín Calvo. El tríptico desaparecido. ...	184		

DOMICILIO SOCIAL: Ermita de Santa Ana | Fontiveros | Ávila. Email: revistafontana@gmail.com

COORDINADOR: Julio Ortega Zurdo

DIRECTORES: José María Muñoz Quirós y José Pablo Hernández Moreno

PORTADA: Fernando Sánchez

IMÁGENES: V.V. A.A. Recopilación realizada por José Pablo Hernández Moreno.

DEPÓSITO LEGAL: AV 95-2019

ISBN: 978-84-125976-1-5

IMPRESA MIJÁN. ÁVILA. ESPAÑA

ADVERTENCIA: Los colaboradores son los únicos responsables, a todos los efectos, de sus artículos, fotografías, creaciones... reproducidos en esta revista.

PROPIEDAD: Reservados todos los derechos de acuerdo con la legislación vigente. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin permiso previo por escrito de los titulares de derecho.

HACE 4400 AÑOS EN CERRO MILANO

al pie de río Zapardiel

J. FRANCISCO FABIÁN

Cerro Milano desde el cauce del Zapardiel

Hace unos 4400 años el paisaje de la Moraña no se parecía mucho al actual. Las tierras llanas de esta parte de la meseta norte estaban pobladas de encinas y enebros en una especie de paisaje de dehesa que era el resultado de la progresiva ocupación humana que iba sufriendo la zona. Los ríos entonces llevaban un caudal estable, muy diferente a lo que vemos hoy, no tanto porque lloviera más sino, sobre todo, porque no se explotaba el agua subterránea. Sabemos cómo era el paisaje porque el polen de cada primavera perdura miles de años invisible entre la tierra. Recogemos muestras en las excavaciones arqueológicas y así los palinólogos nos dicen la vegetación de un lugar y, como la vegetación es consecuencia del clima, podemos conocerlo. Lo mismo hacemos con los carbones conservados, a través de cuyo estudio hemos sabido que había avellanos, fresnos y algunos robles, posiblemente todos ellos en las zonas más húmedas cercanas a los cauces de agua, todo lo demás era encinar y enebros.

Los grupos humanos del llamado periodo Calcolítico o Edad del Cobre (2800-2200 a.C.), cada vez en más cantidad, pero en realidad no muchos, fueron colonizando poco a poco la zona aproximadamente desde el 2500 a.C. Constituían en esa colonización pequeñas granjas familiares para desarrollar una economía agrícola y ganadera. Por lo que sabemos, viendo la similitud de los componentes de su cultura (decoraciones de las cerámicas, artefactos diversos...) es muy probable que procedieran del Valle

Amblés, valle en el que se llevaba habitando desde más antiguo. Pero para habitar en la zona, previamente hubo que domesticar el paisaje, algo que no fue fácil, puesto que el paisaje que no se ordena, se asilvestra. Así, con medios rudimentarios, tales como hachas de piedra y a lo sumo de cobre (un metal muy poco consistente hasta que se mezcló varios siglos después con el estaño para constituir el bronce) y seguramente ayudados por la quema, que no lo solucionaba todo, tuvieron que despejar los terrenos necesarios para organizar una vida agraria suficiente, donde hubiera campos de labor y prados para el ganado. Esto no tuvo que ser fácil, implicó un gran coste humano que hay que valorar cuando abordamos la vida en el pasado. La caza (ciervos, conejos, jabalís y uros, estos una especie de toros salvajes) ayudaba a la alimentación, pero lo esencial, con más garantía, era la producción agraria con cultivos de trigo y habas, y con una ganadería sobre todo pastoril, complementada por vacas, cerdos y a veces caballos, que por este tiempo empezaban a ser domesticados, un gran avance, por cierto, por lo que implica incorporarlos a los movimientos de las poblaciones cuando fuera necesario.

A lo largo del curso del Zapardiel y también del Arevalillo y el Adaja, los principales ríos que atraviesan la Moraña en dirección norte camino del Duero, entre el 2500 y el 2200 a.C. fueron surgiendo una serie de granjas calcolíticas de las que conocemos ya un cierto número de ellas. También se asentaron en el entorno de los lavajos, muy



abundantes en ese tiempo en toda la Moraña. Como es lógico, el agua era fundamental, por lo que había que vivir muy cerca de ella. Las investigaciones en base a excavaciones arqueológicas llevadas a cabo principalmente en El Tomillar (Bercial de Zapardiel) y Cerro Milano (Fontiveros), a unos 13 km de distancia entre ellos, sirve hoy en día para trazar de una manera general la vida de aquellas poblaciones hace nada menos que unos 4600-4400 años. Tanto El Tomillar como Cerro Milano son asentamientos al pie mismo del río y de su vega. Esta en concreto, era muy importante porque generaba una serie de prados húmedos muy importantes para el ganado, complementándose con las tierras del cultivo, un poco más alejados de la vega del río, pero cercanas al hábitat, porque en ese tiempo los cultivos debían estar cerca y vigilados. Perderlos implicaba una catástrofe.

Los dos asentamientos, fechados por el Carbono 14, hablan de ocupaciones ocurridas en algún momento entre 2473 y el 2299 a.C., puesto que este método para averiguar la edad no implica exactitud total de años, sino un espacio de tiempo posible entre dos fechas máximas. Tanto en uno como en otro, durante un número de años indeterminado, que no hubo de ser mucho, vivió un pequeño grupo de personas, seguramente todos ellos emparentados familiarmente. Puede que no coincidieran uno y otro en el tiempo y más bien que fueran sucesivos. Hay que tener en cuenta que, en un tiempo tan remoto, un espacio de 25-30 años implicaba una generación, lo que ahora es 80-90 años, con lo cual pudieron ser habitados ambos en años diferentes sin que llegaran ni siquiera a conocerse. Los dos se ubicaron al lado de sus tierras de labor, de los prados donde controlar al ganado pastando y en la inmediatez del río Zapardiel para asegurarse el agua. Sabían elegir bien los lugares. No se buscaba la defensa, porque no eran tiempos de conflictos. Había recursos para todos, por tanto, no existía necesidad de ir a sitios altos o construir murallas para protegerse, como sucedió en otros puntos de la península ibérica donde la forma de habitación de los sitios era más compleja.

En la organización de la vida de aquellas gentes cada asentamiento como el de Cerro Milano constaba de las cabañas, los sitios de trabajo artesanal y la infraestructura para el ganado y resguardo de los materiales necesarios de la vida diaria, como, por ejemplo, la leña seca para el fuego diario, algo muy importante en ese tiempo, sin otras alternativas. También había que preservar el cereal cosechado para que no se estropeará. Bien pensado esto era vital, porque había que comer de él y era necesario guardar una parte para sembrar en el siguiente año. Aquellas gentes, sin duda, sabían cómo hacerlo todo para que no les faltara nada de lo posible. No eran tiempos de seguros agrarios, de ayudas, de subvenciones... como sucede hoy. Si por lo que fuera fracasaba una cosecha, las consecuencias podrían ser fatales. Por lo tanto, había que

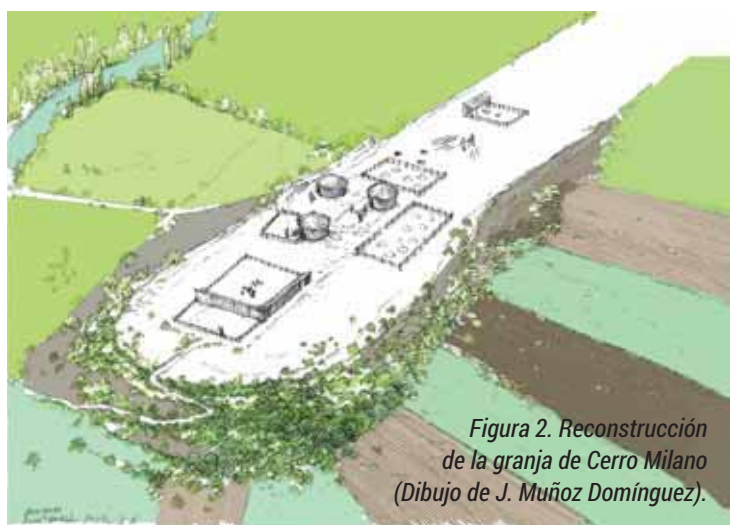


Figura 2. Reconstrucción de la granja de Cerro Milano (Dibujo de J. Muñoz Domínguez).

utilizar todo el ingenio posible para organizar adecuadamente la vida ante las contingencias imprevisibles, que serían muchas y peligrosas. Eso agudizó el ingenio, de forma que mucho del progreso que disfrutamos hoy, viene de los esfuerzos de ayer.

Hablando de esto: en Cerro Milano, como en Bercial de Zapardiel, hemos podido estudiar algunos de los silos donde preservaban el cereal. Primero excavaban en el suelo una fosa y allí, previa desinsectación y aislamiento con fuego, forrando después las paredes con barro, guardaban el cereal. Cuando, tras el uso continuado durante varias cosechas, ya no ofrecía garantías, el gran agujero hecho en el suelo, lo amortizaban rellenándolo de todo lo



Crecimiento diferencial del cereal en C. Milano y descubrimiento de la marca de la fosa una vez retirada la capa de arada

que no les valía ya: vasijas que se les rompían, piedras, barro endurecido por el fuego para aislar las cabañas, cenizas de los hogares, herramientas ya sin valor... Con ello, es muy probable que, dentro de su mentalidad ancestral, quisieran reintegrar a la madre tierra lo que había salido de ella y a la que tanto debían. Es costumbre este tipo de comportamientos en culturas muy atrasadas. Hoy, con tantos conocimientos científicos y adelantos, hemos dejado de creer en estas cosas, pero ellos -repito: exentos de seguros agrarios, de subvenciones y de ayudas- creían de otra manera en quien les proporcionaba la vida (la tierra), de ahí que idearan multitud de rituales para agradecerle los favores. Nadie para merecer un agradecimiento como era la «madre tierra», que les daba las cosechas, los pastos para el ganado y los materiales pétreos con los que fabricar las herramientas. Por tanto, devolverle lo que les había dado para hacer mejor su vida, era un deber. Tierra y cielo, cada uno con sus beneficios, tenían que ser venerados por aquellas gentes, porque eran su fuente esencial de vida.

Para localizar estos silos en el terreno actual e investigarlos, utilizamos una técnica precisa con la que detectar su presencia debajo de la tierra: allí donde hay un silo bajo imperceptible bajo la capa de arada invisible en principio a simple vista, cada primavera crece el cereal más alto que en su entorno e incluso se mantiene verde más tiempo, al tener más suelo fértil y guardar la humedad más tiempo. Eso nos hace detectarlos y señalarlos, para luego excavar cuidadosamente en ellos, dado que tienen

tanta información. De esta forma hemos investigado ocho de ellos en Cerro Milano, en Bercial más de treinta. Gracias al depósito en estos silos de los desechos hemos podido saber cómo eran sus vasijas cerámicas, las decoraciones simbólicas que hacían en ellas, los animales que consumían y los artefactos que desechaban.

Entre muchos otros hallazgos de gran valor histórico para interpretar la vida de los habitantes de Cerro Milano, hemos encontrado el cereal de base que cultivaban: trigo desnudo, sobre todo, que había que cosecharlo segándolo con hoces de sílex cuidadosamente talladas y extraer el grano, con lo que esto implica en una tecnología primitiva. (No debe olvidarse que era una vida complicada la de entonces, y aun así salieron adelante). Si se quemaba algún grano de trigo, sin reducirse a ceniza, se conserva por miles de años, de ahí que lo hayamos encontrado. No era un trigo tan rentable como el actual, pero servía para las gachas, el pan y las tortas de trigo, todo ello un alimento importante y esencial en la vida de aquellos remotos fontiverreños. Con este dato y el análisis de la composición de los huesos humanos, cuando los hemos encontrado, podemos saber la base de la alimentación, ya que los huesos guardan en su composición una información muy clara sobre los patrones de lo que comemos.

En Cerro Milano, dado lo relativamente poco excavado, no se hallaron enterramientos, pero sí en Bercial, con lo cual, siendo los dos asentamientos similares, podemos decir que la alimentación era, más vegetariana que



Cerámicas con decoraciones simbólicas halladas en C. Milano

cárnica. Además de los derivados del trigo, las bellotas de las encinas eran la base de la alimentación, que se complementaba con leche y en menor medida con carne de las ovejas y cabras, sobre todo, pero también a cierta distancia de vacas y cerdos y también de conejos silvestres, que debían ser abundantes en la zona. A pesar de los años, la buena conservación de los huesos correspondientes a los animales consumidos, debido esto a la baja acidez del terreno, ha sido de gran ayuda para reconstruir la vida alimentaria en Cerro Milano.

Sabemos que en otros lugares las cabañas de este tiempo eran de forma circular, compuestas por una sucesión de troncos verticales pegados unos a los otros y reforzados por un zócalo de piedras, rematados en una cubierta de entrelazado vegetal. Finalmente, todo ello era recubierto por barro húmedo para evitar la entrada de la lluvia y el frío. Tan solo unos 5-6 metros de diámetro medía la cabaña. El hogar para el fuego estaba en el centro. Así eran sus casas, nada que ver con las nuestras de hoy. Fueran más ricos o más pobres, no pasaban de ser las mismas para todos. La riqueza se manifestaba, primero, en tener para comer y llegar a la próxima cosecha sin apuros y, a los que les sobraba algo, por ser más hábiles o disfrutar de mejores tierras, lo sobrante les servía para adquirir objetos especiales de procedencia lejana con los que exhibirse en las ceremonias comunes que juntaban en determinados sitios (por ejemplo, en los dólmenes, pero también en otros lugares simbólicos) a gentes de las diversas granjas durante los solsticios y equinoccios de cada año. No existían entonces otros calendarios que el sol en su recorrido anual por el cielo, con lo cual solo había que estar pendiente de él para organizar actos y faenas necesarias en el trabajo agrario.

Un detalle importante para la reconstrucción histórica de C. Milano es el hallazgo de un fragmento de crisol para la fundición de cobre. Ello implica que los habitantes de este lugar sabían y practicaban los secretos de la fundición del cobre, con lo que ello encierra, como por ejemplo el elevar la temperatura a 1.033° , cosa que no resulta fácil. Ello implica un alto grado tecnológico. Al no haber cobre en las cercanías, debemos pensar que había un comercio de materias primas, lo que implica una sociedad organizada.

Lo poco excavado en Cerro Milano no dio para mucho más que para conocer generalidades sobre su ocupación. Por ejemplo, no encontramos enterramientos, como fue el caso de Bercial. Allí aprendimos mucho de la muerte en este tiempo, cuyas conclusiones pueden servirnos para C. Milano. Pudimos saber que los muertos, por muertos ya, eran tratados como algo con poco valor, posiblemente porque su alma, su espíritu, creían que abandonaba con la muerte al cuerpo para vivir de otra manera. Es la interpretación de muchos pueblos en estados primitivos. Por tanto, los huesos eran solo el contenedor del espíritu en vida, fugado luego con la muerte. Es largo de explicar, pero lo haré brevemente: los cadáveres se abandonaban en pudrideros todos juntos y de cualquier manera, puesto que ya no tenían valor para después enterrarlos sin orden, quizá cuando abandonaban el lugar, con el fin de ocultarlos, porque al fin y al cabo habían formado parte de los miembros de la granja. El estudio de esos huesos nos ha permitido saber que morían muy jóvenes siempre. La esperanza de vida era breve. Llegar a los 40 años era mucho y morir en la infancia muy fácil. Cualquiera



Reconstrucción interior y exterior de una cabaña como las de Cerro Milano. (Dibujos de J. Muñoz Domínguez)

de esas enfermedades infantiles que curamos hoy con suma facilidad, en ese tiempo suponían la muerte. El propio parto en las mujeres debía ser un riesgo enorme en el que morirían muchas. En esta situación el «valor» de una mujer dentro de una granja debía ser muy alto. La muerte en los recién nacidos era algo cotidiano. Precisamente en Bercial encontramos un enterramiento con dos mujeres y un hombre al lado de cinco neonatos. Lástima que no se le ha podido hallar ADN en estos huesos, porque así habríamos sabido la consanguinidad y el parentesco de todos ellos. Quizá algún día con nuevas tecnologías lo sepamos.

Todo parece indicar que granjas como la de C. Milano y todas las que habitaron en la Moraña constituían grupos sociales sin mucha diferencia entre unos y otros. Como es habitual en las sociedades humanas, había tipos más inteligentes y hábiles que la mayoría, con dotes para idear decisiones que beneficiaban al conjunto de varias granjas. Estos, que además de su inteligencia y también por eso mismo, tenían más éxito en su producción económica, se constituían como líderes capaces de influir en determinadas acciones del conjunto, lo cual les dotaba de una cierta autoridad. Esa autoridad la demostraban en las celebraciones conjuntas en lugares determinados donde se reunían gentes venidas de las granjas en un determinado territorio. De alguna manera era parecido a nuestras romerías de antaño. Ese era el momento mejor para mostrar su poder y autoridad en una sociedad que carecía de un estado como en la actualidad.

El lector de estas líneas debe imaginarse que nada de entonces era parecido al tiempo de ahora. Es necesario al leer esto que viaje con la imaginación a aquella realidad

concreta, muy lejana de la actual para entender lo compleja que resultaba la vida. Por ejemplo, no estaban organizados con un estado, como tenemos hoy. Cada granja como Cerro Milano era, por decirlo de una forma entendible, un país con sus propias reglas, gobernado por los de más edad. Y así en cada granja. Al no haber un estado, las reglas de cada sitio implicaban el respeto a las de las demás granjas, porque de lo contrario habría conflicto, algo que no beneficiaba a nadie. Alguna vez los habría sin duda, pero el ser humano sabe bien que siendo cada unidad muy débil y sin una autoridad fuerte que arbitre y proteja al conjunto, como hoy es el estado, se pierde más que se gana en un conflicto, por lo que es mejor evitarlos. De todas formas, esos líderes aludidos antes, serían los encargados de poner orden por el respeto que infundían. Ellos serían el remoto origen de un estado.

En Fontiveros hubo más asentamientos de este tiempo, de los cuales no sabemos mucho más que su existencia, porque no se pueden investigar todos los yacimientos arqueológicos, habiendo tantos y de tantas épocas como hay. Hay buenas tierras aquí y eso no pasó desapercibido por muy prehistóricos que fueran. Les iba la subsistencia en cada acción que llevaban a cabo, por tanto debían estar muy atentos a elegir bien y a organizar bien sus vidas. Debe seguirse investigando para saber más y para investigar es preciso preservar los yacimientos arqueológicos, porque son testimonios de las culturas que mediante su esfuerzo han posibilitado que lo que tenemos y disfrutamos sea hoy posible. Sin ellos no habríamos llegado a donde estamos. Por eso, conocerlos y respetarlos es una forma de honrar su memoria en el tiempo.